

Era, pues, la situación de las dos grandes cortes de Alemania de las más críticas, á pesar de sus brillantes triunfos sobre los turcos. El odio y la desconfianza reinaban en el imperio de Alemania, y una violenta agitación existía en el reino de Polonia; sus tropas se encontraban comprometidas en lejanas guerras, y no tenían en la Europa occidental otro aliado que Francia invadida cada vez más por las

corrientes revolucionarias. José, minado por los cuidados de la enfermedad, no se decidía á nada. Hizo algunas concesiones á Hungría, continuó animado de un belicoso celo contra los turcos, y no tomó medida alguna para cubrir sus fronteras del lado de Prusia. La insurrección de Bélgica le arrebató, en fin, lo que aún le restaba de fuerzas; y dos meses después falleció,—10 de Febrero de 1790.



## CAPITULO VIII

### CRISIS EUROPEA

El emperador Leopoldo II.—Corrige la marcha política de su hermano José II.—El ministro prusiano conde de Herzberg.—Paraliza á Leopoldo.—Política alemana.—Procura el reconocimiento de turcos y polacos.—Bases para la paz: concesiones territoriales.—Situación de Suecia.—Federico Guillermo de Prusia.—Compromete la política de su ministro.—Le sorprende Leopoldo de Austria.—Su carácter.—Correspondencia entre el emperador de Austria y el rey de Prusia.—Querrela entre España é Inglaterra.—Preparativos de guerra.—España reclama en virtud del pacto de familia el concurso de Francia.—Actitud de la Asamblea nacional y del rey.—Montmorin y Lafayette: sus simpatías por Austria.—Lafayette y sus planes de política exterior.—Quiere llevar la revolución á Holanda.—Sus relaciones con los belgas.—Cómo y por qué se abandonó á la Bélgica.—Inteligencias entre España é Inglaterra.—Resuélvese Lafayette por la guerra contra Inglaterra.—Inglaterra procura la paz en Oriente.—Pretensiones de Austria.—Las potencias marítimas aprueban el plan de Austria sobre la base del *statu-quo*.—Fracaso de Herzberg.—El tratado de Reichenbach.—Inglaterra.—Actitud de Polonia.—Carácter del rey de Prusia.—Triunfo de Austria.—Sajonia se aparta de la política de Prusia.—Cómo se aseguró Leopoldo la corona imperial de Alemania.—Leopoldo rey de Hungría.—Leopoldo se desentiende de lo pactado en Reichenbach en favor de Bélgica.—Amenazas de las potencias marítimas.—Entran los austriacos en Bélgica.—Carácter del movimiento de Bélgica.—Es antidemocrático.—Prisión de los patriotas.—Inútiles esfuerzos de Lafayette para libertarlos.—Lieja vuelve de nuevo al gobierno de su obispo.—Actitud de Austria en Lieja.—Suecia abandonada hace la paz con Rusia.—Rusia procura de nuevo una alianza con Austria.—Proposiciones.—Austria y Prusia: peligros para el porvenir.

**E**l hermano de José, el gran duque Leopoldo de Toscana, había á menudo censurado la política irreflexiva y aventurera del emperador, y por ahí se atraía la mala voluntad de éste. Debía ahora, al sucederle en el trono, retirar de la orilla del abismo la tan quebrantada monarquía. Fué una gran suerte para la casa de Lorena que fuera precisamente ese hermano del emperador á quien tocara la dirección de los negocios en tan difícil momento. Leopoldo emprendió esta tarea con prudencia, con calma y con tanta moderación como inquebrantable firmeza, así supo ganar inmediatamente la confianza pública, feliz presagio para los éxitos futuros. Si tuvo sobrada

inteligencia para rendir homenaje á los grandes principios de José II, tuvo suficiente prudencia para no seguirle en sus irrealizables sueños. Ante todo, fué necesario poner fin á la crisis de momento. Leopoldo estaba pronto á renunciar á los grandes proyectos de conquista de su hermano, pero no quería que el porvenir del país sufriera de ello, ni sobre todo que sus adversarios sacasen de ello la menor ventaja. Perteneía aún demasiado á la casa de Lorena para no continuar fiel á esta máxima fundamental de su raza.

Como la alianza anglo prusiana que acababa de contraerse tenía por principio el *statu-quo*, parecía que la inteligencia no había de ser difícil. Pero Leo-



poldo no quería terminar nada sin obtener una indemnización por los gastos de la guerra, y Rusia, su aliada, rechazaba toda intervención que pudiera detener el curso de sus triunfos; de otra parte, Prusia é Inglaterra, conocían la fuerza de su posición, y no querían renunciar á los frutos de sus esfuerzos. Leopoldo se encontró al frente al ministro de Prusia, al viejo conde de Herzberg, á quien medio siglo antes había ya llamado el gran Federico, su discípulo en diplomacia, habiendo, en efecto, aprendido mucho al lado de tal maestro.

Una inteligencia penetrante y segura, un ardor infatigable en el trabajo, la dosis de presunción necesaria á un diplomático para hacerle obrar con aplomo, y, por encima de todo, una tan grande pasión por su país, que no conocía otro placer ni otro deber que el cuidado de los intereses de Prusia, estas eran las cualidades del ministro prusiano. Sirviéronle para llevar al emperador José II, á una posición tan crítica, que los primeros movimientos del ejército prusiano fueron bastantes para reducirlo á la impotencia. No teniendo otro pensamiento que afirmar los progresos de Prusia, supo, sin embargo, el conde de Herzberg hacer concurrir á toda Europa á su plan. Reprochábasele haber descuidado, para ocuparse de los negocios de Suecia, de Filandia, de Turquía y de Polonia, los negocios de Alemania que tocaban más de cerca á Prusia; pero él había aprendido de Federico II que el primero y el último paso que debían darse para servir la causa alemana era el protegerse contra la ofensiva de Austria, y este resultado no podía obtenerse más que en el vasto campo de la política europea. Jamás perdió de vista este punto capital, que persiguió, con una rara mezcla de frío cálculo y de ardiente pasión. Sentía que sólo inspirando á Polonia y á Turquía confianza en Prusia, podría mantenerlas opuestas á las Cortes imperiales; dió pues el primer paso hacia ellas; excitó el ardor belicoso de los turcos y favoreció algunos cambios en la Constitución polonesa que eran otros tantos golpes dados á la influencia rusa. Pero no fué más lejos. Parecíanle contrario los intereses de Prusia dar demasiada fuerza á Polonia y se oponía á que se concluyera una alianza formal ora con esta potencia, ora con la Puerta, pues sabía bien que estos dos Estados no podían pasarse del apoyo de Prusia, y que un tratado no daría más resultado que atar las manos á esta última. Era de opinión que debía dejarse á las dos cortes imperiales, victoriosas en el Danubio, una pequeña parte de su botín para obtener de ellas ventajas equivalentes para Prusia. Así, Rusia debía

dar una parte de la Filandia á Suecia y Austria una parte de la Gallizia á Polonia; en cambio Polonia cedería á Prusia las ciudades de Dantzic y de Thorn, y Suecia una parte de la Pomerania. En cuanto á los turcos, no tenían más que hacer que dar gracias al cielo, por haber, gracias á la intervención de Prusia, salido de la guerra tan barato.

Vista la posición crítica de los austriacos, vista la imposibilidad en que Rusia se habría encontrado de mantenerse en el suelo de la república contra la voluntad reunida de poloneses y prusianos, vista sobre todo la fuerza del ejército prusiano, que se elevaba á 160.000 hombres, ese proyecto no parecía irrealizable á Herzberg. Por algunos millones, Suecia estaba pronta á todo, y Polonia hubiese encontrado una ventaja positiva en este arreglo, pues Thorn y Dantzic, enclavadas dentro de Prusia, eran de poco valor para ella, mientras que las provincias de Gallizia, que se le habrían ofrecido, eran seis veces mayores en extensión y poseían una población tres veces mayor. En cuanto á Alemania, la adquisición de Dantzic y de la Pomerania, le era tan ventajosa como perjudicial le hubiera sido el reparto de Turquía entre rusos y austriacos.

Mírese como se quiera ese sistema, no se le puede absolver de haber sido arbitrario y astuto, así que un adversario tan hábil como Leopoldo supo muy pronto sacar partido de sus defectos. Tenía el plan de Herzberg por objeto evidente, el engrandecimiento de Prusia; y esto era ya bastante para decidir al emperador á rechazarlo enérgicamente. Antes hubiera Leopoldo renunciado á toda especie de conquista en el Danubio, mejor que dejar que Prusia se hiciera fuerte en el Báltico. Conocía sobrado á su adversario para saber la marcha que debía seguir con él; en su consecuencia, eludiendo toda negociación con el ministro, se dirigió directamente al rey Federico Guillermo una carta rebotando franqueza y confianza. El rey tenía mucho abandono en el carácter y se dejaba fácilmente influir; cuanta mayor conciencia tenía de su dignidad, menos sabía resistir á una prueba de confianza, y entonces obraba á menudo con una imprevisión que nunca hubiese perdonado á su ministro.

En Enero de 1790, dejóse arrastrar, á prometer su alianza á los turcos, con lo que hacía que el plan de Herzberg no pudiera ponerse en ejecución sin el asentimiento de la Puerta; luégo á fin de Marzo celebró una alianza con Polonia, sin exigir que esta se comprometiera á la cesión de Thorn y de Dantzic.

Cuando Leopoldo reunió tropas en Bohemia y principió de nuevo las hostilidades contra los turcos en vez de la deseada suspensión de armas, el momento hubiese sido oportuno para tomar enérgicas medidas. Polonia en caso de guerra se hubiese levantado inmediatamente contra los rusos; á los primeros golpes, se podía estar seguro de que el fuego habría ardido en Hungría; las probabilidades eran pues más fuertes que nunca; pero, en vez de obrar, los dos soberanos continuaron escribiéndose cartas al objeto de decidir si le convendría más á Austria lo que había conquistado ó bien aceptar el plan de cambios propuesto por Herzberg.

Mientras que por la parte del Este la paz de Europa estaba en suspenso por las sutilidades de la diplomacia una querrela insignificante de apariencia, ocurrida del otro lado de los mares, debía, por sus consecuencias, llamar á las armas el Sud y Oeste de nuestra parte del mundo.

Hacía ya algún tiempo que España é Inglaterra disputaban sobre un rincón de tierra que, aún en nuestros días, ha sido la una manzana de discordia entre los anglo-americanos y los mejicanos españoles; aludo á la bahía de Nootka ó Nootka Sund, en California. Los españoles apoyaban sus pretensiones á la dominación de ese país conforme á la concesión acordada por el Papa en el siglo XVI; así no quisieron tolerar el establecimiento que atrevidos comerciantes ingleses habían fundado para hacer el comercio de pelletería, y acabaron por querer arrojarlos con las armas en la mano. Esto produjo una violenta irritación en Inglaterra, y la guerra parecía inminente. Inquieta España por sus resultados, pidió el concurso de Francia conforme el pacto concluido en 1762 entre los príncipes de la casa de Borbón. Y ya hemos dicho que en medio de las perturbaciones de Francia, un tal llamamiento conmovió profundamente á todos los partidos.

Montmorin, que aún tenía la dirección de los negocios extranjeros, continuaba fiel á las simpatías por Austria en cuyo favor Brienne había despertado los recuerdos del año 1756; así, cuando Austria se vió combatida en Oriente con tanta energía por los ingleses, su embajador en París, el conde Mercy de Argenteau, encontró la más favorable acogida á su petición de intervención francesa.

Lafayette no estaba lejos de consentir en que se entrara por esa vía, pues en el fondo de su corazón odiaba á Inglaterra; ya hemos hablado de su actitud ante-inglesa en Irlanda y en Holanda; pues se mecía siempre en la esperanza de venir en auxilio de los demócratas de esos dos países, de derribar el prin-

cipe de Orange que protegían Prusia é Inglaterra, y entrar en Amsterdam en libertador y á París en triunfador. «No piensa en nada menos; escribía en Enero de 1790 el embajador americano Morris, que en arrojar á un pantano al Stathouder de Holanda.»

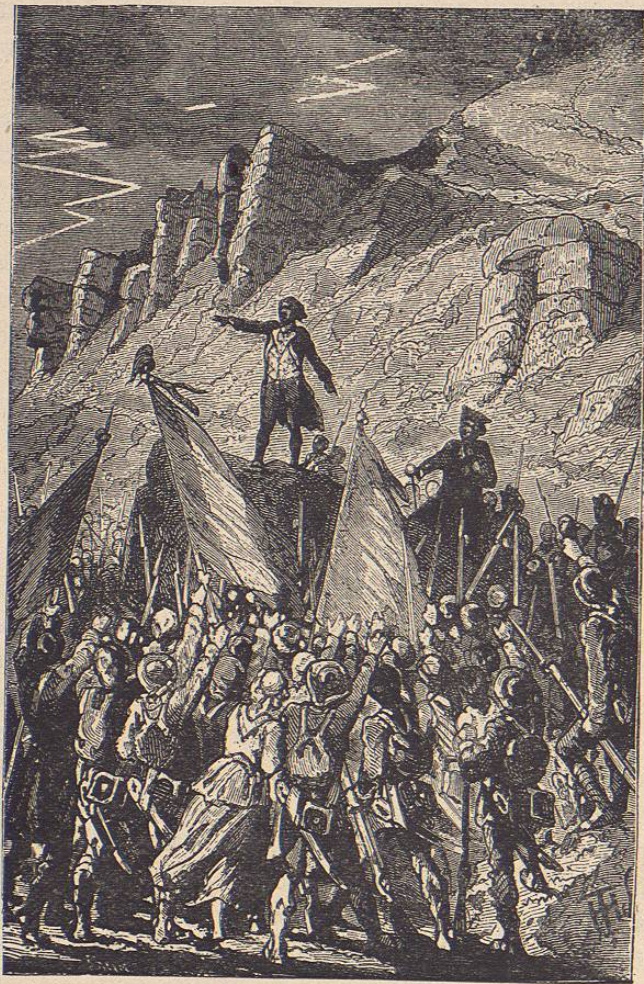
Austria no podía desear nada más ventajoso para ella que una tal diversión que hubiese obligado á Inglaterra á abandonar completamente á Oriente; pero aún en esto Lafayette no supo decidirse de una manera franca. Declarando la guerra á las potencias marítimas, hubiese, sin duda Francia, servido los intereses de Austria, pero al mismo tiempo hubiese arrancado á la revolución belga sus raíces más vigorosas. Ahora bien, Lafayette mantenía inteligencias democráticas en Bruselas no menos que en Amsterdam, y varios de sus agentes estaban en negociaciones con los Estados de Bélgica. En verdad, desagradábale ver la revolución dirigida á Bruselas esencialmente por el clero, la nobleza y las corporaciones, no estando, pues, por consiguiente, conforme con los principios de la declaración de los derechos del hombre; pero en fin, era una revolución y según el héroe de la libertad americana y de la libertad francesa, no podía tolerarse por más tiempo la opresión de la nación belga. Hizo, pues, todo lo posible para lograr que dominara en Bruselas un partido muy débil en verdad que profesase los principios revolucionarios de Francia, y, sin perder de vista la destrucción del príncipe de Orange, el más ardiente aliado de Bélgica, prometió la enérgica intervención de Francia á favor de la independencia belga. En fin, terminó convenir en que Bélgica volviera á la dominación de Austria, pero á condición de introducir á las provincias la libertad francesa y los derechos del hombre; ese programa que reunía todas las contradicciones, tuvo también contra sí á todas las partes interesadas, Austria, los Estados belgas y los demócratas de Bruselas. A eso se juntaba la mala situación en que se encontraba Francia. No había en el país ni dinero, ni tropas disponibles, y, por encima de todo, se temía añadir una nueva perturbación á las que ya existían. En suma, á despecho del ardor belicoso de Lafayette, la paz no se turbó durante todo el invierno. Pero en la primavera llegaron de España las noticias del arreglo hecho entre Inglaterra y Florida Blanca á consecuencia de la actitud de la Asamblea nacional francesa tan poco dispuesta á cumplir los compromisos del pacto de familia. España y Francia unidas reunían una fuerza marítima igual á la de Inglaterra, por consiguiente, no podía España pensar en



hacer por sí sola la guerra. En su consecuencia Lafayette y sus amigos resolvieron apoyar el ministerio para la guerra contra Inglaterra.

La sola posibilidad de esta guerra daba virilidad á la política austriaca. Leopoldo, que no había vacilado un instante á renunciar á toda conquista en Turquía antes que conceder una pulgada de terreno á Prusia, declaró desde los primeros días de Mayo

al embajador inglés que quería la paz bajo el mismo pié que antes, á condición, sin embargo, de que, para regularizar sus fronteras, le entregasen los turcos Orsova; que entonces él devolvería á Bélgica su antigua constitución, pensando, al obrar así, satisfacer á todos los derechos legítimos; pero que si á causa de unas grandes pretensiones, se le obligaba á la guerra, abandonaría á Francia una parte de Bél-



Federación de l' Etoile

gica á fin de que le ayudasen sus proyectos de conquista. Ya una vez había José II hecho una proposición semejante á Francia á condición de que le ayudase á conquistar á Baviera; pero se comprende que en las presentes circunstancias, esta amenaza debía pesar doblemente en la balanza. Las potencias marítimas se decidieron sobre la marcha. No estaba conforme á su interés comercial que se abandonase Dautzig á Prusia; no les había seducido el plan de Herzberg, y ya habían al efecto propuesto á Austria un arreglo sobre la base del *statu-quo*. El temor de ver la Bélgica entregada á los ejércitos

franceses y la misma Holanda amenazada, no permitieron la menor vacilación; las potencias se declararon prontas á acceder á las proposiciones del emperador Leopoldo. Por donde el sistema de Herzberg perdió la base sobre la cual descansaba, y Leopoldo pudo volver á sus negociaciones con Prusia con mayor tranquilidad.

Como de la actitud de la Asamblea nacional francesa resultó como hemos visto clara su formal oposición á toda guerra ofensiva, lo mismo contra Holanda que contra Inglaterra, Prusia se decidió, tranquilizada por este lado, á tomar una actitud más

seria contra Austria, colocando un ejército en las fronteras de Lituania para amenazar á Rusia, y un segundo ejército en Silesia contra Bohemia, poniéndose el mismo rey al frente de este segundo ejército. Inglaterra quedaba en plena libertad de obrar en Oriente después de su arreglo hecho con España, pero Inglaterra no quiso retractarse de sus compromisos contraídos con Leopoldo, pues como

en Francia se había dado por solución del debate de la Asamblea aquella ambigua resolución de votar los créditos para los armamentos y á la vez reservar la legitimidad de la guerra, Pitt perseveró en sus sentimientos pacíficos respecto de Austria, mostrándose sólo animada del deseo de ver tranquila á Europa, á fin de no dar lugar á nueva agresión alguna contra los Países Bajos por parte de Francia.



Marcha de los federados á París

Leopoldo, seguro por su parte de las potencias marítimas, lo puso todo en obra para apresurar la solución que deseaba, á fin de halagar la vanidad y la presunción de Prusia, adoptó el papel de no acceder sino á la fuerza á lo que la llenaba de placer. A últimos de Junio dos diplomáticos austriacos, el príncipe de Reuss y el barón de Spielmann, llegaron al campo prusiano y abrieron en Reichenbach negociaciones en las cuales dió Herzberg prueba de la más grande cortesía. Luégo que este último hubo desarrollado su plan de cambios, los austriacos le remitieron el 13 de Julio una nota de su gran can-

ciller, nota en la cual éste presentaba un contra-proyecto idéntico en cuanto á los principios, y que no variaba más que en algunos puntos secundarios. Herzberg veía, pues, asegurada la realización de sus planes; pero aquel mismo día llegaron los embajadores de las potencias marítimas, y se opusieron de la manera más formal á la conclusión del tratado. La alianza, dijeron, no descansa sino en el completo mantenimiento de las antiguas divisiones territoriales, tales como existían antes de la guerra. Inglaterra había negociado ya en ese sentido con Viena, y le declaraba que no tomaba parte alguna en nin-